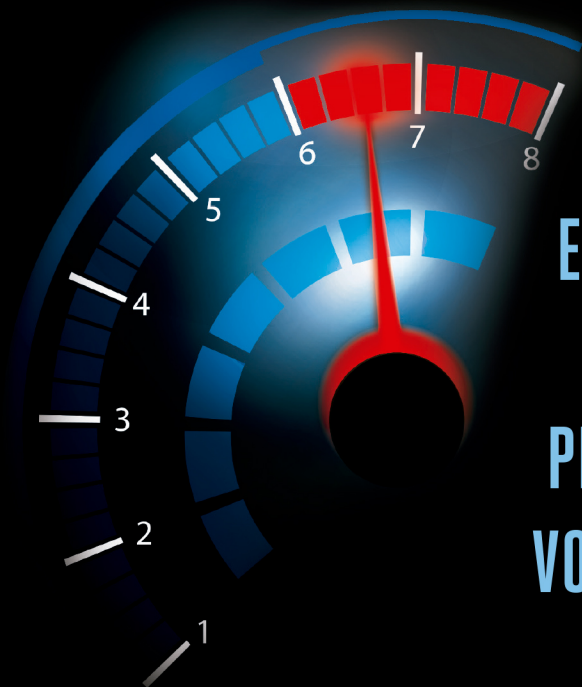


FEDERICO DOMINGUEZ

ARGENTINA HIPERACELERADA



NO SOMOS
EL MEJOR PAÍS
DEL MUNDO,
PERO PODEMOS
VOLVER A SERLO

FEDERICO DOMINGUEZ

ARGENTINA HIPERACCELERADA

NO SOMOS
EL MEJOR PAÍS
DEL MUNDO,
PERO PODEMOS
VOLVER A SERLO

CAPÍTULO 1

HIPERACELERADOS **EN LA DÉCADA DE LAS TURBULENCIAS**

*Estamos frente a la década más transformadora
de la historia humana.*

Estamos en los comienzos de una década turbulenta, hiperacelerada, donde el mundo cambiará profundamente. Los paradigmas sobre los que se basaron la economía, la tecnología y la sociedad durante el último medio siglo darán paso a nuevas realidades. Dos eventos recientes se suman a los detonadores de esta hiperaceleración: la crisis de la pandemia y la guerra en Ucrania.

Empecemos por la pandemia. El 12 de enero de 2020, la Organización Mundial de la Salud confirmó que un nuevo coronavirus era la causa de una enfermedad respiratoria entre un importante número de personas en la ciudad China de Wuhan, en la provincia de Hubei.

El virus comenzó a extenderse a gran velocidad por todo el mundo. Hacia abril de 2020, los muertos ya se contaban por decenas de miles en regiones occidentales, como el norte de Italia y el área metropolitana de Nueva York. La pandemia se expandía prácticamente a todos los países. El mundo entero se paralizó, las economías se frenaron casi por completo, las cadenas de suministro se vieron seriamente afectadas y los gobiernos debieron lanzar los planes de estímulos fiscales y monetarios más grandes de la historia.

En nuestro país, la primera ola comenzó a sentirse fuertemente en julio de 2020 y la segunda tras el verano del 2021. Al momento

de escribir esto, ya murieron 130000 compatriotas ubicando a Argentina entre los de mayor cantidad de muertos con relación a la población, con mayor caída del PBI y con mayor aumento de la pobreza¹.

Muchos piensan que la pandemia cambió el mundo. No es así. Lo que hizo fue acelerar eventos y realidades que de otra forma tardarían años o décadas en producirse. Se volvió un hiperacelerador de ciclos económicos, institucionales, tecnológicos y sociales. Las guerras, las pandemias y otros grandes acontecimientos son esencialmente “aceleradores”.

La guerra iniciada por Rusia en Ucrania fue el segundo hiperacelerador de esta década. Lo que esperábamos que sucediera en diez años, sucedió en unos pocos meses. Producto de esta aceleración nos adentramos en una década que ya se presenta turbulenta: y anticipa que de ella emergerá un mundo muy diferente al actual. La pandemia y la nueva guerra en Ucrania son un viaje al futuro del cual ya el planeta entero no tiene retorno.

De las dos décadas de relativa paz que siguieron al ataque a las Torres Gemelas y la guerra de Irak vemos un resurgimiento de los conflictos entre países. El mundo se sumerge en una nueva carrera armamentista, donde se acelera el desarrollo de nuevas armas y tecnologías, resurge el riesgo del uso de armas nucleares, al mismo tiempo que crecerán exponencialmente nuevos tipos de conflictos, como los ciberataques masivos y derribo de satélites, complementados con “guerras económico-financieras” cuyo impacto se acrecienta en el contexto de un mundo globalizado.

De un mundo de baja inflación, estamos ante uno de alta inflación. La inflación en los Estados Unidos alcanzó en mayo de 2022 el 8,6 % interanual, el nivel más alto en 40 años. ¿Por qué? Por un lado, por las disrupciones en las cadenas de suministro causadas por la pandemia, los gigantescos estímulos fiscales y monetarios, y el aumento de los precios de los *commodities* derivado de la guerra en Ucrania, pero también por cuestiones de largo plazo que la pandemia anticipó, como la escasez de trabajadores. Esto llevó a la Reserva Federal de los Estados Unidos a realizar la mayor suba de tasas en 30 años para poner un freno a la inflación, lo que podría provocar una recesión global en 2023 o comienzos del 2024.

La pandemia aceleró la transición de un mundo que, gracias al ingreso masivo de trabajadores jóvenes al mercado laboral cada año, disfrutaba de un “bonus demográfico”, a uno en el cual aumenta la cantidad de jubilados y reduce la cantidad de trabajadores. Esto tendrá un fuerte impacto dado que la escasez de trabajadores genera presiones salariales, y los jubilados, un mayor gasto público derivado del mayor gasto en pensiones y en salud, lo que, a su vez, genera más presiones inflacionarias y aumento de impuestos.

Estamos pasando de un mundo basado en las monedas fiat, aquellas emitidas por los bancos centrales, al crecimiento de las criptomonedas, de la mano de una generación de jóvenes que desconfían del sistema financiero tradicional. Con las criptomonedas llega la web 3.0, el crecimiento de las finanzas descentralizadas (DeFi) y toda una nueva economía que nace a su alrededor y pone en jaque a los grandes bancos, a los gigantes tecnológicos y a los gobiernos mismos.

A la par de la pandemia, el proceso de aumento de las libertades individuales, el crecimiento de la democracia y la globalización que se aceleró tras la caída del muro de Berlín, comenzó un proceso inverso, de retroceso. En solo 5 años hubo tres importantes “golpes” a la globalización. El primero fue la guerra comercial entre Estados Unidos y China, cuando las empresas comenzaron a producir localmente por miedo a las interrupciones en las cadenas de suministros. El segundo fue la pandemia, con la paralización del comercio internacional, fábricas paradas, un fuerte aumento del gasto público, de demandas sociales y el avance del Estado sobre las libertades individuales. El tercero, la guerra en Ucrania, con un nuevo impacto en las cadenas de suministros, aumento del gasto militar y la vuelta a un mundo bipolar.

Al mismo tiempo que las libertades individuales retroceden en países como China y Rusia, la democracia se debilita en los Estados Unidos tras el ataque al Capitolio. En momentos en los que su país necesita liderazgo y pragmatismo para enfrentar a Rusia y China, en lo que se está transformando en una nueva guerra fría, un presidente débil y tecnocrático como Joe Biden pierde poder real.

Pero si bien el escenario en el corto plazo es turbulento, en el largo plazo puede ser favorable al crecimiento de la libertad y la

globalización. La guerra en Ucrania deja a Vladimir Putin debilitado y a China más aislada. Un cambio de régimen en Rusia en favor de uno de tendencia liberal significaría un duro golpe a Pekín, que podría quedar aislada en términos económicos, políticos y energéticos. Esta situación genera turbulencias: la caída de un imperio suele ser conflictiva y traumática.

Simultáneamente nos adentramos en la última década para frenar el cambio climático: si queremos que sus consecuencias, que serán irreversibles, sean por lo menos manejables. En los próximos años, la cantidad de fenómenos climáticos extremos seguirá en aumento. Esto traerá aparejado el crecimiento de los “refugiados climáticos”, cosechas irregulares, y una crisis energética. Las inversiones en energía renovables –al mismo tiempo que se redujo la inversión en hidrocarburos– no han sido lo suficientemente altas, el mundo dio la espalda a la energía nuclear, y la producción de gas –energía de transición– no logra cubrir las necesidades energéticas. La guerra acelera esta transición, dado que los países, por cuestiones de “seguridad nacional”, buscan aceleradamente reducir su dependencia del petróleo y gas provenientes de autocracias como Rusia, Venezuela y algunos países de Medio Oriente. Por otro lado, también producto del cambio climático, y por el aumento de la cría intensiva de animales de granja, se espera un aumento de las pandemias zoonóticas, como fue el COVID-19.

Otra de las consecuencias de la pandemia es el agravamiento de la crisis de la salud mental. Desde hace varias décadas se habla de la epidemia de la soledad y el aislamiento. Los jóvenes pasan menos tiempo interactuando con otras personas que cualquier otra generación en la historia. La pandemia aceleró este proceso, al punto que cada vez más personas viven solas, con depresión, ansiedad, angustia y sensación de soledad. Los síntomas de esta “epidemia silenciosa” son tapados con el aumento del consumo de drogas benzodiacepinas como el clonazepam, que hacen que las personas vivan “lobotomizadamente felices”. Muchos se refugian en el exceso de redes sociales, lo que no hace más que disimular y agravar esta crisis.

El cierre de los colegios y la cuarentena “cavernícola”, llevaron esta crisis al mundo de los más chicos y de la educación.

Generación T

Entre todas estas cuestiones, una nueva generación de jóvenes está entrando en escena, la generación de la transición y las turbulencias. Los *pandemics* o generación Z, nacidos entre los años 1996 y 2012, están saliendo a la vida adulta y al mundo laboral bajo nuevas actitudes. A diferencia de los *millennials* (1981-1995), que fue una generación tranquila y de transición, estos jóvenes luchan por grandes cambios. No toleran el cambio climático, la violencia contra las mujeres, un modelo de vida basado en contraer grandes deudas, se rebelan contra el autoritarismo, la tecnocracia, la discriminación, contra no poder comprarse una vivienda, y por lo general, están más preocupados por cuestiones sociales que económicas. Esta rebelión no sucede solamente en las redes sociales, acontece en las calles. Lo vimos con las marchas contra el cambio climático encabezadas por Greta Thunberg, en Estados Unidos con las grandes marchas tras el asesinato de George Floyd, en Cuba con las grandes manifestaciones contra la dictadura comunista, en el estallido social del año 2019 en Chile, en Rusia tras la detención de Alexei Navalny —principal opositor a Vladimir Putin— y contra la guerra, en Francia con los Chalecos Amarillos, en Hong Kong en las manifestaciones por mayor democracia, en Holanda con las protestas de los jóvenes contra la larga cuarentena y en todo el mundo con el apoyo a las causas feministas. Esta generación tendrá un creciente impacto en la agenda política y económica más rápido que cualquier previsión.

Según el informe titulado “Protestas en el mundo: un estudio sobre los principales temas de protesta en el siglo XXI”, realizado por investigadores de la usina de ideas alemana FES y la iniciativa Política del Diálogo con sede en la Universidad de Columbia, entre 2006 y 2020, el número de movimientos de protesta más que se triplicó². El aumento de la conflictividad se da en todas las regiones del mundo.

Ya podemos comenzar a ver el mayor impacto de esta década transformadora en el plano científico y tecnológico con la llegada en los próximos años de la cuarta revolución industrial. La nueva guerra fría y competencia militar entre superpotencias acelerará el desarrollo de tecnologías transformadoras y una nueva carrera

espacial. Tecnologías que hoy son experimentales podrían alcanzar escala comercial hacia fines de esta década. Las computadoras cuánticas que son 1 billón de veces más poderosas que las actuales, en conjunto con la inteligencia artificial, podrían revolucionar la física y la química, y abrir puertas a horizontes inimaginables que van desde la cura de enfermedades, nuevos materiales de construcción, viajes espaciales y respuestas a problemáticas que hoy ni siquiera podemos imaginar.

Por otro lado, la fusión nuclear cuyo desarrollo se aceleró en los últimos años, podría alcanzar escala comercial en la próxima década y proveer al mundo energía limpia, barata y prácticamente ilimitada. No nos asombraremos ante el crecimiento de los vehículos autónomos que permitirán reducir considerablemente los accidentes, los costos logísticos, y modificarán la geografía de las ciudades, permitiendo, en conjunto con el teletrabajo, que las personas vivan más lejos de sus lugares de trabajo. Ese proceso se intensificará hacia mediados de siglo con el desarrollo de los trenes *hyperloop*, que se desplazan a velocidades superiores a los 1000 kilómetros por hora.

En la década de 1960, las personas imaginaban que en el 2000 tendríamos autos voladores, en cambio tuvimos *laptops*, celulares inteligentes y redes sociales. Ahora ya imaginamos realidad virtual y llevar vidas paralelas a la real a través de avatares digitales. Como fuera, es posible que la sorpresa tecnológica venga por el lado de la ciencia dura. La tercera revolución industrial que surgió con los desarrollos tecnológicos de la guerra fría —en su mayoría financiados por el Ministerio de Defensa norteamericano—, como el microchip, internet, el GPS, las baterías de litio y la microcámara, está llegando a su fin de ciclo.

Así como el desembarco del hombre en la Luna visibilizó el inicio de la tercera revolución industrial, la posible llegada de una misión tripulada a Marte podría marcar su momento cúlmine. Mediante su empresa SpaceX, Elon Musk aspira a lograrlo para fines de la presente década. Tras ello comenzará a desplegarse con fuerza la cuarta revolución industrial que será tanto o aún más transformadora que la llegada del ferrocarril, la electricidad o internet en el siglo xx. Al igual que durante la guerra fría, las tensiones geopolíticas entre

Occidente, Rusia y China acelerarán la llegada y despliegue de estas nuevas tecnologías.

Suenan demasiados cambios para una sola década. Seguramente, y si no fuera por la pandemia, sucederían en un poco más de tiempo. Al finalizar esta década veremos un mundo totalmente diferente al actual desde todo punto de vista. Nunca antes en una sola década se habían producido tantos cambios trascendentales. Bienvenidos a la *década de las turbulencias*.

¿Cómo impactan las turbulencias en nuestro país?

El contexto local no puede ser más alarmante: inflación desbordante camino al 90 % anual, pobreza en niveles récord, un Banco Central con reservas netas prácticamente inexistentes, precios de deuda en niveles de *default*, riesgo de hiperinflación, crisis energética, escasez de gasoil, falta de insumos, presión impositiva y gasto público récord, emisión monetaria, déficit fiscal y cuasifiscal, tipo de cambio libre que prácticamente duplica el oficial, menor consumo de carne en 100 años, inestabilidad social y un presidente débil y desprestigiado.

Como siempre sucede en Argentina, las crisis se producen por la falta de dólares. La suba de tasas de la FED y la salida de capitales de los mercados emergentes están impactando de lleno sobre el gobierno de Alberto Fernández, al mismo tiempo, el alto precio del gas licuado importado demandará las pocas divisas disponibles. Las exportaciones de granos que fueron récord este año podrían menguar en 2023, no por una caída de los precios, sino ante la expectativa de unificación cambiaria que llevará a los agricultores a vender lo menos posible de la cosecha.

Todo esto es parte de la tormenta que antecede a la recuperación. Es el final de un largo invierno tras el cual llegará la primavera a nuestro país, un período de recuperación económica y fortalecimiento institucional.

Increíblemente, aunque el mundo se convierta en un lugar más conflictivo y hasta peligroso, el turbulento contexto global favorece a nuestro país. La década que se inició con la pandemia es una oportunidad histórica para revertir el camino de decadencia iniciado hace más de 90 años tras el golpe de Estado de 1930.

En pocos países se dio una hiperaceleración tan importante como la que se está dando en el nuestro. Y probablemente en ningún otro, estos cambios sean potencialmente tan favorables. Esto no quiere decir que “estemos condenados al éxito”, como dijo erróneamente el expresidente Eduardo Duhalde, sino que con algunos pocos cambios podemos tener un ciclo de 4-6 años muy favorables, y si implementamos reformas estructurales, esos pocos años podrían transformarse en un ciclo de crecimiento sostenido y de largo alcance.

El lector podría pensar al leer estas palabras: ¿de qué estás hablando, Willis? ¿Cómo decir esto al que no llega a fin de mes? Si tenemos un 40 % de pobres, más de 80 % de inflación y la economía no crece hace más de una década. No digo que Argentina vaya a ser una panacea, solo postulo que estos indicadores podrían mejorar considerablemente en los próximos años. Si los abordamos desde otras perspectivas.

La pandemia aceleró el colapso de un ciclo institucional iniciado hace 80 años durante el primer gobierno de Juan Domingo Perón y potenciado a partir del año 2003, en el cual la respuesta a las crecientes demandas sociales fue una expansión sin precedentes del gasto público y la intervención del Estado en la economía. Al mismo tiempo, un ciclo económico de 50 años iniciado tras el golpe de Estado de 1976 y la gestión económica de José Alfredo Martínez de Hoz basado en el endeudamiento y el consumo de los *stocks* de capital también llegó a su fin.

Por contraposición de ciclos, tras el fracaso de un ciclo estatista, se iniciará un ciclo de menor estatismo, lo cual es muy positivo para nuestra economía. En términos institucionales, se aceleró el desgaste sobre una sociedad que dijo “basta” a una forma de hacer política basada en la mentira, la victimización, el corporativismo, el asistencialismo, y que aún no encuentra un modelo que la reencauce.

En nuestro país, el cambio de ciclo se inició durante la pandemia con toda una generación de jóvenes que le dieron la espalda al populismo de forma masiva en las elecciones de 2021. Jóvenes que no vivieron el período de crecimiento económico que se dio entre 2003-2011 y no esperan soluciones del Estado. Si algo quieren es

progresar. No solo se alejaron del kirchnerismo, también se acercaron a opciones de tendencia liberal, forzando un corrimiento de todo el arco político hacia la centro-derecha. Esta generación, cuya participación electoral irá creciendo conforme pasen los años, tendrá un creciente impacto en la agenda política argentina.

No solo los más jóvenes se alejan del populismo, también lo hacen los sectores más pobres de la sociedad. La alta inflación, el encierro de la pandemia y la licuación del valor real de los planes sociales están provocando un profundo cambio en el mapa electoral.

La década de Argentina

El cambio de la tendencia política y de percepción respecto al rol del Estado abre una puerta para aprovechar el ciclo internacional favorable a nuestro país.

A lo largo de los próximos años, el aumento global de la inflación, la crisis climática, los problemas de suministros y la conflictividad entre países seguirán incrementando los precios de los *commodities*. Los precios de la soja, la carne, el gas y el petróleo se mantendrán firmes y abrirán la posibilidad de un fuerte aumento de las exportaciones. Los altos precios del gas que son un lastre para el actual gobierno podrían significar un fuerte aumento de las exportaciones e inversiones en Vaca Muerta si el próximo gobierno genera las condiciones para su desarrollo. Al mismo tiempo, la inflación en dólares reducirá en términos relativos el peso de nuestra deuda en moneda extranjera y las altas tasas de interés y dificultad para acceder al crédito obligarán al próximo gobierno a ser responsable en términos fiscales.

Cuando el mundo se encamina hacia el fin del “bonus demográfico”, nuestro país cuenta con una estructura demográfica que seguirá proveyendo de trabajadores en las próximas décadas.

El crecimiento de las criptomonedas, la web 3.0 y la mayor digitalización de la economía seguirán impulsando nuestras exportaciones de *software*, campo en el cual somos líderes en la región. Con 13 unicornios, como se denomina a las empresas tecnológicas con una valuación superior a los 1000 millones de dólares, estamos bien posicionados para aprovechar esta revolución. Por otro lado,

los argentinos somos *early adopters* con relación a la tecnología, lo que facilita el manejo y el entendimiento de estas nuevas herramientas.

El aumento de la conflictividad entre países y la guerra comercial entre Estados Unidos y China abren la puerta a una mayor alineación con Occidente y a que obtengamos mejores términos a la hora de refinanciar nuestras deudas con organismos multilaterales.

Con relación al cambio climático, la transición energética a un mundo de bajas emisiones implicará una inversión sin precedentes en descarbonización. Esto abre una gran oportunidad para nuestra economía debido al potencial que tenemos en la producción de energías renovables, hidrógeno verde y litio para baterías.

Al analizar sector por sector, queda claro que están dadas las condiciones para un fenomenal aumento de las exportaciones que ayude a resolver el principal problema de nuestra economía: la escasez crónica de dólares.

2020	2022	Impacto Argentina
Paz	Guerra	Altos precios <i>commodities</i>
Baja inflación	Alta inflación	Licúa el <i>stock</i> de deuda en dólares
Bajas tasas de interés internacionales	Altas tasas de interés internacionales	Mayor costo del crédito obligará al próximo gobierno a mantener cuentas fiscales en orden
Globalización	Desglobalización	No afecta alimentos, <i>commodities</i> , y bajo impacto en servicios tecnológicos
Bonus demográfico	Envejecimiento poblacional	Argentina cuenta con una población joven
Tercera Revolución Industrial	Cuarta Revolución Industrial	País innovador con 13 unicornios tecnológicos listos para sumarse a la transición
Monedas fiat	Criptomonedas	Altísima adopción cripto entre la población
Transición ordenada hacia las energías renovables	Crisis energética global	Enormes reservas de hidrocarburos y minerales para energías renovables
Oficina	Teletrabajo	Posibilidad de trabajar de forma remota para empresas del exterior

Las bases de la prosperidad

De todos modos, en el largo plazo, son otros los factores que garantizan la prosperidad de las naciones. Los fundamentos que llevan a los países a ser ricos y prósperos hoy son los mismos que hace 250 años, y se basan en las instituciones liberales y la tecnología. Estos dos aspectos han sido los factores que impulsaron la prosperidad permitiendo que la humanidad pasase del medioevo a los niveles más bajos de pobreza de la historia humana, el surgimiento de la clase media global, y a explorar el espacio.

Las bases de la prosperidad comienzan con la Revolución Gloriosa de 1688 en la que el parlamento inglés puso un límite a la monarquía. Tras ella emergieron las instituciones liberales que conocemos hoy en día: parlamento, presidente, leyes de propiedad, sistema de justicia y otros organismos. Sobre estas bases comenzó a desarrollarse sólidamente el capitalismo y casi un siglo más tarde, dio inicio a la primera Revolución Industrial. Casi simultáneamente, la Revolución norteamericana en 1776 y, pocos años después, la Revolución francesa en 1789, esparcieron el modelo.

Este círculo virtuoso de mayores libertades, democracia, capitalismo e innovación y desarrollo tecnológico que dura hasta nuestros días estableció las bases de un fuerte y sostenido aumento de los estándares de vida en todo el planeta. Un siglo más tarde, hacia la década de 1980, se sumó la globalización, caracterizada por un aumento del comercio, los flujos de capital y de comunicaciones. Esta suma de apertura, libertad e interacciones sacó a cientos de millones de personas de la pobreza en países que hasta entonces la consideraban endémica, como China, India y Brasil.

Pero hace casi un siglo, Argentina comenzó a distanciarse de esas potentes fuerzas que impulsan a los países a tener bajos niveles de pobreza y buscan siempre mejores niveles de vida para su población. La democracia se corrompió con los golpes de Estado, las listas sábana, el caudillismo y los planes sociales. El capitalismo se debilitó con una economía cerrada al mundo, excesivas regulaciones, los impuestos más altos del mundo y la falta de planificación de mediano y largo plazo. Tecnológicamente nos atrasamos por la falta de inversión y una economía que no crece hace más de una década³. Y la libertad

se vio afectada porque *Nosotros, el Pueblo*, no logramos controlar las decisiones de nuestros representantes.

Una nueva oportunidad

De esta hiperaceleración emerge la mayor oportunidad en muchas generaciones de corregir el rumbo. Una posibilidad única para retomar el rumbo de la Argentina liberal, la que cimentó nuestra grandeza, hacia la prosperidad colectiva. Sin duda, de un modelo económico y político en plena implosión emergerá algo más pragmático, más sólido. A fines de los 80 implosionó el modelo socialdemócrata; con la crisis del 2001, el neoliberal; en 2019, el tecnocrático, y tras la pandemia ocurre lo mismo al modelo populista. Los cuatro modelos tienen algo en común, ninguno logró frenar la decadencia argentina arrastrada desde 1930.

Debido al agotamiento del modelo estatista y a una nueva generación de jóvenes que se rebelan, estamos iniciando un ciclo de menos Estado y más libertad. Sumando el contexto global favorable es muy probable que los próximos años sean mejores para nuestro país. Pero la cuestión es cómo convertir un par de años buenos en un ciclo de largo plazo. Cómo convertir un “rebote técnico” en un cambio de tendencia que nos permita volver a las bases de la Argentina liberal. Y a su prosperidad.

Unas pocas medidas como la unificación del tipo de cambio y un presupuesto equilibrado alcanzan para que el país crezca debido al favorable contexto global. Esto no quiere decir que en el proceso de normalización no vaya a haber devaluaciones o picos inflacionarios, de hecho, no tengo dudas de que ocurrirán. El proceso de normalización monetaria que estamos atravesando y continuará en el 2023 y 2024 será turbulento e inflacionario. Pero tras el *shock* inicial, los sectores agropecuarios, de *software*, minería, hidrocarburos y energías renovables pueden traccionar un fenomenal aumento de las exportaciones, esto nos suministraría los dólares necesarios para tener una macroeconomía estable.

Pero el liberalismo no solo tiene que pretender ser exitoso en la economía, también debe recuperar sus banderas. Desde la caída del muro de Berlín, el liberalismo se ha alejado de la gente común,

su mensaje ha perdido fuerza y ha sido cooptado por la tecnocracia. La ideología de la libertad, de la ciencia, de los mercados abiertos, el gobierno limitado, del respeto irrestricto por el prójimo, que construyó el mundo moderno y derrotó la Unión Soviética, y que ha estado detrás de grandes luchas sociales como los derechos de las mujeres y la comunidad LGTB, necesita recuperar sus banderas. Se necesita pasión para comunicar, ir a la raíz de los problemas y un mensaje pragmático para enamorar a los jóvenes. Imponer agenda en lugar de funcionar como “reacción u oposición” a la agenda populista.

El liberalismo tiene una profunda convicción respecto a la importancia de prestar servicios públicos de calidad como la educación, la salud, la seguridad, la justicia y la seguridad social. Y lo logra fomentando la libertad de elección, la descentralización, la flexibilidad, los nuevos modelos de gestión, y permitiendo la participación del sector privado.

Cuando hablo de liberalismo en este libro no quiero que se confunda con un liberalismo con tendencia al conservadurismo ni con el neoliberalismo. No me identifico con Trump ni con Bolsonaro, aunque tengan sus aciertos en términos económicos. Tampoco con el enfoque tibio y estatista de Biden o el “gradualismo tecnocrático” que implementó Cambiemos en 2015.

Algunos neoliberales pueden renegar de la cuestión de la inequidad, yo creo que es un tema serio a ser abordado, sin miedos pero con un enfoque no estatista. Algunos reniegan del cambio climático, pero la evidencia científica nos indica que está sucediendo y que sus consecuencias serán catastróficas en un plazo cercano. No faltan liberales que, por sus profundas convicciones religiosas o personales, pueden negar el derecho al aborto, pero yo creo que quien está de veras a favor de la libertad no se puede oponer a que una mujer decida sobre su propio cuerpo, aunque piense distinto. Puede haber diferentes matices, pero todos concordamos en la necesidad de un Estado más chico, mayor apertura comercial, la necesidad de reforzar la democracia y expandir la libertad.

La base de una Argentina próspera empieza por nosotros, por el pueblo, por quienes damos origen y constituimos esta gran nación

que supo ser un faro entre las naciones más prósperas, libres y respetadas del mundo. Nosotros, el pueblo, podemos reconstruirla.

Cuando Argentina fue uno de los países más ricos del mundo, no lo logró viviendo solo de lo nuestro. Pudo serlo porque se abrió al capital, a la tecnología, a las nuevas ideas, a las importaciones, y exportando lo que mejor teníamos. Las bases de un país próspero siguen siendo las mismas que se implementaron hace un más de un siglo en la Argentina liberal. Algunos matices y escenarios cambiaron, la política se democratizó, los valores se actualizaron, pero las bases son las mismas. En los próximos capítulos desplegaremos ideas que bien articuladas pueden devolver el rumbo liberal de crecimiento a la Argentina.

Pragmatismo, entendimiento del contexto global y empatía son las actitudes necesarias para enfrentar estos años. Argentina entra en una década hiperacelerada, y entra junto con el mundo en *la década de las turbulencias*. Si logramos sostener la senda del progreso liberal, el país que veremos hacia el final de la década, tanto la realidad como los panoramas serán muy diferentes a los actuales.